

## EL TEATRO DEL EXILIO

**Ricardo DOMÉNECH**

(Madrid: Cátedra, 2013, 315 págs.)

Este libro es la obra póstuma del notable estudioso del teatro Ricardo Doménech, cuidada para la imprenta por su colega (con el que por pura coincidencia compartía primer apellido) Fernando Doménech.

R. D. publicó ya en años tempranos un bello texto —*El teatro, hoy* (1966)—, nunca reeditado, que mostraba sus muchos saberes, y luego dedicó largos años a Antonio Buero Vallejo, a Valle y a Lorca, de lo que son muestras la conocida monografía consagrada a Buero (Ed. Gredos), y el otro libro *García Lorca y la tragedia española* (2008). Pero además, desde casi inicio de los años sesenta, empezó a ocuparse de teatro del exilio, y fue uno de los primeros críticos que además llamó la atención sobre la envergadura artística de *Tiempo de silencio*, etc.

El presente volumen (aunque la muerte del autor haya hecho necesarias otras manos para completarlo) pretende resultar un panorama de lo que se enuncia y anuncia en su título: el registro y análisis de la escena y los textos teatrales del exilio español de 1939, cuyo principal protagonismo —adelantamos— correspondió a las gentes del Veintisiete.

Sostiene nuestro autor cómo la «calamidad» de ese exilio fue respondido por nuestros autores transterrados con la «creatividad», de manera que esa

fue su respuesta. El exilio fue resultado de una guerra larga de «extrema crueldad» (ahora no hay más que ver el libro de Preston sobre el holocausto español), que en realidad se prolonga «hasta 1977, con las elecciones a Cortes Constituyentes», y ciertamente es así. Tras 1945, «el que se ha venido a llamar exilio permanente quedaría compuesto por unas doscientas mil personas» durante un tiempo; la fractura social producida puede estimarse al comprobar la ausencia de las figuras sobresalientes de las ciencias, las humanidades y el arte, en la España de la posguerra. O manifestado lo anterior de otra manera: nuestro autor piensa en una cantidad —que tiene algo de simbólica— de «quince mil» españoles entre exiliados, del exilio interior, muertos en la guerra, etc.; la guerra (expresa) y el triunfo del fascismo «en su vertiente teocrática española (el nacionalcatolicismo)», «dieron al traste con el ilusionado proyecto histórico modernizador de aquellos quince mil españoles de profesiones liberales, intelectuales, y de convicciones republicanas».

Pero —queda recogido— «al infortunio respondieron con su creatividad», conscientes de que llevaban consigo una España superior a la que había ganado la guerra por las armas; de la misma manera la España derrotada de Rafael Lapesa era superior a la de su colega de entre los vencedores Joaquín de Entrambasaguas; esa moral superior hemos llegado a conocerla nosotros.

Como es natural los nombres de la escena exiliada van saliendo a lo largo de estas páginas, a saber: Enrique Díez-Canedo, Cipriano de Rivas Cherif, Alberti, Max Aub, Pedro Salinas y muchos y tantos más: existió «un teatro español en el exilio» en ciudades como Buenos Aires, Montevideo y otras. Artistas del teatro exiliados más la existencia de un público de habla española dieron lugar a este teatro español fuera de España, algunas de cuyas obras de mayor relieve asimismo se nos van enumerando: *Los santos*, de Pedro Salinas; *Noche de guerra en el Museo del Prado*, de Alberti; *San Juan*, de Max Aub; *El adefesio*, del propio Alberti, etc.

Los capítulos monográficos de este libro se inician con el dedicado a Margarita Xirgu, de quien R. Doménech recoge: «El Tribunal de Responsabilidades Políticas [la] condenó en junio de 1941 ‘a la pérdida total de sus bienes y a la inhabilitación de toda clase de cargos, así como el extrañamiento a perpetuidad’».

Distingue nuestro autor sucesivas «generaciones de dramaturgos del exilio», y delimita:

1. «Escritores nacidos en la década de 1880 o poco antes» (María Martínez Sierra, Castelao).

2. «Escritores nacidos hacia 1900. Es la Generación de la República, habitualmente conocida como la bautizó Dámaso Alonso: Generación del 27» (García Lorca, Alberti, Salinas, Alejandro Casona, Max Aub, etc.). R. Doménech se inclina aquí por la designación *generación de la República*, que ciertamente es la del 27; personalmente creemos que se trata de la de los nacidos entre 1891 y 1905 (nos parece un error adscribir a ella al mencionado R. Lapesa, como a veces se hace), y tal designación «del 27» no se debe a don Dámaso, sino a Juan Chabás y a Ángel Valbuena Prat.

3. «Escritores nacidos hacia 1915 o Generación del 36» (José Herrera Petere); estamos —según nuestro cálculo— ante los autores nacidos entre 1906 (Francisco Ayala) y 1920.

4. «Escritores hijos de exiliados».

De manera concreta (en referencia a Alberti) o de modo general, Ricardo Doménech analiza y comprueba cómo «la nostalgia de un mítico *paraíso perdido* mueve a no pocos de nuestros escritores exiliados», cosa que sucedió asimismo en el exilio interior (es el caso de V. Aleixandre). Rafael Alberti es el tema de otro de los capítulos monográficos de este libro, y en él se analizan con detenimiento los textos ya aludidos *El adefesio* y *Noche de guerra en el Museo del Prado*.

El siguiente capítulo aborda el teatro de Pedro Salinas, autor a quien R. D. estima «uno de los tres o cuatro nombres cuya mención no se olvida nunca» dentro de la generación del 27; «en la recepción —estima por igual— el poeta ha eclipsado [sin embargo] al prosista y al dramaturgo». En efecto, el Salinas crítico literario, el ensayista, el hombre de teatro, el escritor de cartas, posee alto relieve que no debe quedar inadvertido: «este teatro saliniano ha merecido el elogio sin fisuras de la crítica especializada». Nuestro autor encuentra en Camus a un intelectual que constituye un caso europeo parecido al de Pedro Salinas, el cual representaba en sus años norteamericanos y puertorriqueños «una pequeña huella de la España culta, ilustrada, por la que luchó la II República».

Otro ulterior capítulo se dedica a José Bergamín, de quien se recuerda que es asimismo autor del 27, y que de igual manera que sus coetáneos se adhiere a las vanguardias y se identifica con la II República; se examina ampliamente *Melusina* y *el espejo*.

De esta manera el volumen llega a tratar de Alejandro Casona: se alude al éxito de *Nuestra Natacha*; a las obras «sentimentales, ternuristas» de este

dramaturgo; a su teatro histórico; etc. R. Doménech analiza en fin *La dama del alba*, a la que considera «la mejor obra de Alejandro Casona».

Respecto a Max Aub sienta su trabajo de escritor «incesante, extraordinario por su inspiración y fecundidad». Registra en él —como en diferentes poetas o prosistas del 27— «el paso de la vanguardia a la literatura política», y lo analiza con cierto detenimiento. Valora quizá con un punto de exceso a algunos de sus estudiosos, en quienes nosotros hemos encontrado equivocaciones que no se hubiesen esperado.

Ricardo Doménech concluye con una ajustada y dolorosa conclusión: la de que lo que el teatro español pudo haber sido tras el año 1936 «ya no lo será nunca», dada la ruptura del exilio, dado el «eslabón perdido» en la cultura y el teatro que fue el exilio: «la vuelta a España de algunos actores, directores o dramaturgos no logró que su obra calara en una sociedad muy distinta y en la que muchos no se reconocieron». En efecto, tras el triunfo del general Franco, el teatro ya no pudo ser todo lo que hubiera podido, al igual que los estudiantes españoles no tuvieron a José Gaos o José Ferrater Mora como profesores, ni a Tomás Navarro o quizá a Amado Alonso, ni a Claudio Sánchez Albornoz, etc. ; además estudiosos vinculados a Menéndez Pidal como Rafael Lapesa, o Álvaro Galmés, o Diego Catalán, fueron tratados a veces sin el respeto que se les debía, y a catedráticos más jóvenes se les amenazó de manera expresa y enérgica por transmitir a los alumnos algunos de estos nombres.

Queda apuntado cómo en buena parte el teatro del exilio es obra de los del 27, y a este propósito debe observarse la importancia de esa generación, desde luego, mas no cabe minusvalorar un tanto por contraste —como parece que ocurre— a las anteriores generaciones del 98 y del 14, en algunos aspectos de mayor relieve que la presente del 27.

El autor de estos párrafos tuvo el honor de tener en las aulas de la UAM a Ricardo Doménech; recuerda perfectamente sus conversaciones sobre *El adefesio*, sobre el tema literario que él denomina de «la España perdida», etcétera y quiere expresarle con las líneas presentes su respeto, su afecto y su presencia en la memoria personal, y lo pone como ejemplo ante sus actuales alumnos.

Francisco Abad

UNED